

# REO INVICTO



HUBERT  
GUTHRIE

**El Templo Expiatorio Nacional al Corazón de Jesús  
durante la Revolución**

**(Barcelona) Tibidabo**

**Año de la Victoria**



¡Viva Franco!

¡Arriba España!

# REO INVICTO

El Tibidabo durante la “Revolución”



**Templo Expiatorio Nacional al Corazón de Jesús**

a cargo de los Salesianos

(Barcelona) Tibidabo :: Año de la Victoria

REVISTA DE LA REVOLUCIÓN

DE LA REVOLUCIÓN

# REVISTA DE LA REVOLUCIÓN

REVISTA DE LA REVOLUCIÓN

---

---

# REO INVICTO

## El Tibidabo durante la "Revolución"

---

---

### Oscuro amanecer

Era la mañanita del 19 de julio de 1936.

El fragoso y persistente estruendo que, cual nuncio fatídico, fiel y jadeante subía de la ciudad, vino a cortar mi reposo a las cuatro de su madrugada.

Me levanté preguntándome: ¿Qué es esto? Y acuciado por el temor y la curiosidad subí a la azotea del Templo; dirigí mi vista a la populosa Urbe y al instante salí de mi incertidumbre. ¡Había estallado la «Revolución»!

Elevé los ojos al cielo sereno, tranquilo, terso, como si quisiera con su gesto pacífico protestar de la perversidad de los hombres y mis labios murmuraron instintivamente al Divino Corazón esta plegaria: *¡Señor, ten piedad de tu pueblo!*

Volví luego mi mirada al Templo y lo vi más grande, más hermoso, más redentor. Me pareció que animándose todas sus piedras clamaban al unísono: *No prevalecerán.*

### Fervor sublime

En este día se celebraron todas las misas de hora con absoluta regularidad. En la de doce, escaso público llenaba el Templo con su singular devoción. No se tocó el órgano; el tableteo de las ametralladoras y el estampido de los cañonazos elevan el espíritu, supliendo con creces las melodías del órgano. No hubo plática; la elocuencia de los hechos era la pieza oratoria más persuasiva y conmovedora para aquel puñadito privilegiado de fieles que en compañía del «Maestro» oraban en la cumbre del Monte, mientras sus hermanos se batían en lucha fratricida al pie de la montaña.

Aquella misa, celebrada por un mártir, fué el último acto de culto público. La función Eucarística de la tarde y las misas del lunes y martes se celebraron a puertas cerradas.

### Luminarias de triunfo

En el Tibidabo transcurrió todo el domingo y mañana del lunes en absoluta calma. En la ciudad la tormenta arreciaba por momentos.

Las iglesias y conventos iban convirtiéndose en otras tantas hogueras, diré mejor, incensarios, ya que entonces rendían a Dios el supremo acto del culto: el *holocausto*.

Sus naves al crujir y hundirse cantaban: «Gloria a Dios» y el humo recogiendo en sus volutas el canto lo transportaba al cielo.

Sus muros al desplomarse parecía que pugnaban

por ahogar en su sordo estrépito las blasfemias y risotadas sarcásticas de aquellos infelices seres, que, sin saberlo, estaban siendo los instrumentos de la justicia divina. Y la densa nube de polvo en velar sus repugnantes semblantes.

### Visitas que no se pagan

El lunes a las dos de la tarde llegó a la Cumbre el primer auto repleto de milicianos, ostentando su blasonada ejecutoria en letras cubitales que llenaban toda la carrocería: «CNT-UGT-FAI-AIT».

Pasaron «ligeritos». Lanzaron una mirada siniestra y recelosa al Templo y regresaron sin descender del vehículo.

Pasada una hora, sube un segundo coche con las mismas características y luego otro, y otro, y otro... Todos dan «ligeritos» la vuelta al Monumento, clavan sus ojos en la codiciada presa y regresan a sus bases llevando el parte que sin conocerlo adivino: «Aquello es una verdadera fortaleza; dentro debe haber una valerosa guarnición». Y acertaban sin querer. Era el Alcázar de Cristo Rey y dentro había una verdadera escolta: «los alabarderitos del Sagrado Corazón» (la escolanía), con sus Superiores armados hasta los dientes de caridad y amor para con sus enemigos.

Lo estratégico del sitio, la robustez de sus muros y, sobre todo, la colosal estatua del Divino Maestro que se erguía majestuosa sobre la terraza de la **Cripta**, reflejando en los pliegues de su túnica, en sus brazos suavemente abiertos, en su semblante sereno y en su

mirada dulce y penetrante algo de su divinidad, les infundía temor.

Al encontrarse los ojos de aquellos pobres milicianos con la Bendita Imagen, se me antoja que les acontecía lo que a los esbirros de Herodes cuando dieron con Jesús en el Huerto de los Olivos. Al decirles: «Yo soy el Maestro a quien buscáis», perdiendo su fuerza cayeron todos en tierra y allí permanecieron pegados al polvo hasta que el mismo Jesús les mandó que se levantaran.

### *El reo entra en capilla*

Las visitas de exploración menudeaban. En alguna de ellas los milicianos se entretenían charlando amigablemente con los vecinos en la plaza.

Una de aquellas comisiones, constituyéndose en reudentora de la Obra, instó para que se izara la bandera de la República en el Templo.

Al instante la bandera tricolor ondeaba en lo más alto de la Iglesia sobre asta «dorada». El invicto y glorioso reo entraba en capilla; había que celebrarlo con júbilo enarbolando la bandera a «toda asta y sobre palo de oro».

El martes, a media mañana, alcanzaron la Cumbre tres grandes camiones llenos de milicianos y pertrechos de guerra, fusiles, bombas de dinamita y ametralladoras.

En la plaza descienden de los vehículos y se colocan todos frente al Templo parapetados detrás de los camiones y arma en ristre. En el centro, detrás de una ame-

tralladora, el manda más que llevaba por todo distintivo un casco de acero.

Así dispuestos para el asalto, esperan que la guarnición de la «Fortaleza» rompa el fuego, mas viendo que ésta no da señales de vida y ante la insinuación de uno de los vecinos que vino a redimirlos de aquella agonía de miedo asegurándoles que allí no había soldados ni armas, se lanzan al asalto irrumpiendo unos veinte de ellos (los más atrevidos) en la portería, apuntando con sus respectivos fusiles en todas direcciones y preguntando a dos sacerdotes que les salieron al encuentro dónde estaban los curas y las armas.

¡Qué grupito, Señor! Infundían conmiseración y causaban repugnancia. Por caridad omito su retrato.

—Aquí no tenemos armas; sólo hay cuarenta niños y sus profesores.

—Queremos verlos; queremos reconocer la casa.

Y así diciendo se dividen en dos grupos y mientras uno de ellos recorre el edificio, el otro se mete precipitadamente en el salón estudio donde estaban los «jilgueritos» del Sagrado Corazón reunidos.

### *Prodigio del candor*

Como primera providencia cachean a los mayorcitos instintivamente. No habían visto sus rostros reflejo de sus almas cándidas, todo amor y caridad, que no entendían de odios ni traiciones. Que veían en todos la persona del dulce Jesús y en Jesús los apreciaban a todos sin distingos.

No habían dado sus miradas torvas con aquellos

semblantes apacibles y risueños, con aquellos ojos ingenuos, verdaderos señuelos que sin intención por parte de éstos ni voluntad por parte de los milicianos acabaron por obrar el milagro de amansar aquellas fieras humanas, que cambiando de tono y asunto empezaron a interesarse por su suerte, preguntándoles afablemente si tenían padres, cuánto pagaban y terminando uno de ellos por hacerles una verdadera «plática» anunciándoles el triunfo de la Revolución y con él y por él la redención del pobre...

Vayamos, amable lector, en busca del otro grupo. Ha recorrido ya toda la casa y se encuentra en la terraza de la Cripta.

### Éxtasis no soñado

Están asomados a la baranda, magnífico balcón que se alza a seiscientos metros sobre la ciudad.

Delante tiene el campo de batalla que les oculta una cortina de denso y negro humo. Detrás, cobijándoles, la sombra proyectada por la Bendita Imagen del Redentor. ¡Qué contraste! ¡Qué lucha de sentimientos produciría en aquellas pobres almas!

En la plaza de la Cumbre espera impaciente «el grueso de ejército» apostado en el mismo sitio.

Los de la terraza no tienen prisa; parece que se sienten bien. Dudo si se recrean en la contemplación de su obra o quieren disfrutar de la sagrada sombra que los cobija. Temo que sea lo primero.

Unos bocinazos ordenados por el «manda más» que permanecía en la plaza, sacó de su éxtasis a los de la terraza y cortó el discurso de los del estudio.

Todos descienden presurosos a recibir órdenes.

Acude a su encuentro el «manda más» y después de un ligero cambio de impresiones determinan respetar la obra, incautándose de ella y colocando al efecto un papel en la puerta principal que decía: *Este edificio queda incautado por la FAI. Respetadlo.*

Al pie tenía estampado el sello del Sindicato.

Ordenaron a los Superiores no permitieran ausentarse a ningún niño; ellos vendrían a buscarlos y les darían destino.

Tomadas estas determinaciones, descendieron todos de la Cumbre intrigados por no haber dado con los «curas».

No le había llegado su hora; pero el Templo Nacional Expiatorio debía transfigurarse en Víctima Redentora Nacional. Tenía méritos para ello. Y así fué.

¡Alegraos, apóstoles de este Divino Corazón!

Pasada una hora, sube silenciosamente un nuevo auto; descienden de él unos milicianos y, con toda cautela, arrancan el papel de la puerta. Suben nuevamente al coche y parten veloces, orgullosos de su gesta y comentando el «papelito» que pasa de mano en mano.

¿Qué ocurría? Vivíamos en completa anarquía y su característica son los desplantes.

Estaba decretado no por los hombres, sino por Dios que el Templo Nacional Expiatorio había de redimir a España y para redimir es preciso constituirse en víctima.

## Cambio de nido

A la una de la tarde de ese día, creyendo inminente el peligro, los «jilgueritos» con sus Superiores cambian de nido, pasando a ser huéspedes de honor de los amables vecinos que se los disputan codiciosamente.

A las dos llegan los primeros sayones, pistola en mano, sufriendo una verdadera contrariedad al encontrar la cuna vacía. El buen Jesús velaba por los suyos.

Penetran en la residencia e hincan sus dientes famélicos en cuanto encuentran al paso. En su ayuda van acudiendo nuevas brigadas, dedicándose a prender fuego a lo poco combustible y, con preferencia, al saqueo.

## Inapreciables tesoros

De la residencia pasan al Templo donde esperan encontrar ricos tesoros de incalculable valor. Y, los hay; mas los pobrecitos, ofuscados por la pasión, los pisan y no dan con ellos, los palpan y no los encuentran, los tienen delante de los ojos y no los ven.

¿Qué son esas losas de mármol del pavimento? ¿Qué son esos bloques de sus recios muros, recios como la fe de los apóstoles que los costearon? ¿Qué son esas hermosas columnas, hermosas como la caridad de los que las levantaron? ¿Qué son esas magníficas bóvedas, esos artísticos mosaicos, esos ricos altares... todo, todo y cada una de las cosas que encierra ese Templo levantado sólo a costa de «sacrificios»?

En ese bloquecito de la esquina está encerrado el rico tesoro de la pordioserita de Quintanar de la Orden,

que pasó las noches de treinta viernes sin cenar y sin alojamiento entregando las treinta pesetas de su importe para este Templo Expiatorio. ¡No lo destruyas!

En el bloque del lado hay el rico tesoro de la ancianita artrítica de Ronda que se privó del bracero, por amor a Jesús y a España, durante un crudo invierno, entregando las cien pesetas, importe del combustible, para este Templo Expiatorio. ¡Respétalo!

El de abajo encierra el rico tesoro de las galletitas sacrificadas por la feliz cancerosita de Valencia, que alimentándose sólo de leche y «Marías» se privaba de éstas formando con su importe ese bloquecito. ¡No lo deteriores!

Ese que está tocando se debe al sacrificio de tabaco de un marino, fumador empedernido. Aspira su fragancia; huele a algas marinas.

El otro es fruto de privación de caramelos de un niño tan golosín como amiguito del Corazón de Jesús y amante de su Patria. Saboréalo y verás qué gusto tiene a rica miel de «Abeja mística»...

Cada uno de esos bloques es una verdadera «caja fuerte» que encierra los ricos tesoros de la «expiación».

¿Y los altares, las lámparas, los ventanales, los mosaicos, el Vía Crucis...? Encierran también ricos tesoros, sacrificios meritísimos: sombreros de temporada, viajes de recreo, arras de matrimonio, entradas de cine y teatro, trayectos de tranvía, cafés, horas de trabajo robadas al descanso, medicinas, ascensos de bizarros militares, mil privaciones singulares de comunidades religiosas y del clero, actos abnegados del Episcopado, ofrendas y distinciones singulares de los Sumos Pon-

tífices... todo, todo cuanto el verdadero y sentido amor al Corazón de Jesús y a su predilecta España inspira.

### *Fragancias divinas*

Ahora la piqueta demoladora va a abrir esos «cofres sagrados». La Patria necesita de esos fondos de reserva. Sayoncito, clava ya el pico...

Parece que lo hace con miedo o con cuidado. Se contentan con pequeños boquetes. Lo preciso para que esas esencias del sacrificio ahí aprisionadas exhalen su delicado aroma de «amor y expiación».

Saturadas de esos fragantes perfumes van llegando al Solio Divino las ininterrumpidas preces de ese sinnúmero de legionarios de su Divino Corazón y de España, de las «abejas místicas» de este Templo avaladas por el mérito de sus «sacrificios». Salva, Señor, a tu pueblo y bendice tu Heredad, clama incesantemente. Y Jesús les escucha complacido y absuelve a su España, que si mucho ha pecado, mucho ha amado.

Pasan los sayones del interior del Templo a su exterior decapitando las artísticas y sagradas imágenes de su fachada.

### *Cuarta caída de Jesús*

Era el sábado, día 25. En Barcelona y su contorno no quedaba en pie ni un monumento religioso siquiera.

El temor de que les faltara tiempo o su loco afán por hacer desaparecer todos aquellos símbolos de la recia

fe y santas creencias del ferviente pueblo español o las dos cosas juntas, les había llevado a una actividad prodigiosa.

Sólo se veía con el regocijo de unos, el disgusto de otros y extrañeza por parte de todos «el monumento cumbre».

Sobre la cúspide del Tibidabo se erguía aún, con más majestad que nunca, la colosal estatua de bronce del Sagrado Corazón.

Aun tenía sus brazos abiertos y sus ojos misericordiosos fijos en su querida España.

Todos dirigían a El sus miradas. Unos para suplicarle, bendecirle, expiarle. Otros para maldecirle, ultrajarle, blasfemarle. El agradecía a los unos, sentía misericordia por los otros, bendecía a todos.

Los sayones en sus repetidas tentativas no habían logrado derribarlo.

¿Es que el Divino Corazón se resiste? ¡No! Quería hacer su ofrenda a España en el día clásico en que España, por medio del Apóstol Santiago, se la tributaba a El.

En ese día memorable, al caer de su tarde, descendía del pedestal para redimir a su Patria, la Imagen bendita.

Ni las cadenas, ni la dinamita tienen fuerza para derribarle. Sólo su amor a España logra el milagro.

Unos mecánicos la destornillan de su base mientras otros con sogas la aguantan.

Jesús en su balanceo parece que pugna por alcanzarlos con sus brazos. Los rayos del sol cayendo oblicuos sobre sus hombros al proyectar la sombra bendita de esos brazos divinos se esfuerza en alargarlos

y hasta parece que el sol, asociándose al vehemente deseo de Jesús, declina más rápido.

Los infelices, temiendo ser alcanzados, pasan a la parte posterior del monumento y «Jesús cae por cuarta vez por la redención de su Pueblo».

«Hijos fieles de mi querida España, no lloréis por mí. No me derriban; desciendo libremente porque quiero. Por amor a mi querida España».

### Ocaso fecundo

La estatua de Cristo Rey yace en tierra con su faz sagrada pegada al polvo. Numerosos satélites y agentes de los primates de la revolución danzan alrededor celebrando el acontecimiento con risotadas y blasfemias en medio de un júbilo sombrío.

Se repite el «Ave, Rex» de hace diez y nueve siglos.

Pero... allí están también los *Juanes* y *Marías* del Templo Expiatorio Nacional (las Abejas místicas) consolando a Jesús. Allí están las paredes de su Alcázar fluyendo bálsamo de «sacrificio» por todas sus grietas. Allí están todos sus bloques, cual otros tantos pebeteros exhalando rico aroma de expiación. Allí están aquellas piedras testimoniando todo el amor y la fe de su pueblo. Allí está en cada granito de los sillares de sus recios muros el corazón amante de un español que late por El. Allí está la nobleza colocando a porfía sus títulos y sus blasones como alfombra de su realeza. Allí están los muleritos ofrendando el fruto de sus privaciones. Allí están los numerosos niños que se han privado del bollo y chocolate del desayuno. Allí

están las felices socias de la «*Sin Azúcar*». Allí está la viuda del pintor descolgando de la pared del saloncito de su casa el último cuadro, único que conservaba, de su artista esposo. Allí está la madre desprendiéndose del relicario de oro donde guarda una trencilla de cabello y el retrato de su único hijo muerto a los pocos días de haber hecho su primera comunión. Allí está el bravo militar sacando de la vitrina las condecoraciones ganadas en reñidos combates en defensa de la patria para sacrificarlas en expiación de la misma. Allí está aquella dichosa comunidad que se priva del aceite, único condimento de su «regalado» plato de verduras. Allí están esas felices jóvenes que forman legión despojándose de sus aderezos.

Allí la España penitente. Allí está la España que expía y que redime apretujada alrededor de su Redentor arrodillada y en pie a la vez adorando a su Maestro y apercebida para la defensa de su gloria.

El ocaso de ese día triste y divinamente fecundo determinaba la aurora, el amanecer glorioso de la nueva España de Cristo.

Festividad de la Pascua de Resurrección 1939.—Año de la Victoria.

#### UN EX PRESIDARIO

regalado durante su prisión por el Corazón de Jesús con la gracia de poder contemplar por entre los gruesos hierros de la reja de la reducida ventana de su angosta celda la Sagrada Cumbre de su querido Tibidabo.

## APÉNDICE

---

La prudencia nos aconsejó quemar los «ficheros y registros» de los bienhechores y apóstoles de este Templo Expiatorio Nacional al Corazón de Jesús. En su consecuencia, para lograr rehacerlos:

1.º Solicitamos de todos nos favorezcan mandándonos sus nombres y direcciones con toda claridad.

2.º Rogamos a las personas o entidades «privilegiadas» que hayan tomado por su cuenta algún «Florón» de este Alcázar bendito del Divino Maestro, nos envíen una notita detallada del mismo.

3.º Pedimos a los «Nobles» que, siguiendo la inspiración del Corazón de Jesús que ansia tenerlos a todos Consigo en este su Palacio Nacional y la voz de España que les reclamaba una manifestación pública de su recia fe, se hayan determinado a colocar el escudo de su casa en esta Fortaleza Sagrada de Cristo Rey, se dignen mandarnos el diseño del mismo y las observaciones oportunas.

4.º Suplicamos a todos los *verdaderos* españoles, desde el necesitado mendigo hasta el acaudalado rico, el fruto de una «privación», de un «sacrificio» (1) acompañado de su nombre, para este Templo verdadero relicario del «amor y de la expiación» Trono escogido por nuestro amable Redentor para dar el *abrazo del perdón* a su predilecto pueblo.

(1) Para tener derecho a disfrutar del Tesoro Espiritual con que está enriquecido este Templo, en favor de sus bienhechores, es condición indispensable que estén registrados todos sus nombres.



## Precio de este folleto

*Una ORACIÓN al Corazón Sacratísimo de Jesús en sufragio de los caídos y una privación, un SACRIFICIO, en desagravio y expiación de las profanaciones proferidas al Divino Maestro, enviando su importe en sellos de correo o por giro postal a:*

TEMPLO EXPIATORIO NACIONAL  
AL SAGRADO CORAZÓN DE IESÚS

SALESIANOS

BARCELONA - TIBIDABO